

Grupo de Estudios y Acciones ‘LABERINTO BUROCRÁTICO’

MANIFIESTO

Las últimas décadas del siglo XX y los inicios del XXI, se caracterizaron por un desarrollo “inaudito e inimaginable” (Benjamin Buchloh), de actividades y dispositivos artísticos, que es necesario enmarcar en una no menos insólita situación de euforia económica y locura especulativa, por las que se invirtieron enormes cantidades de dinero destinadas a producir eventos, bienales, infraestructuras culturales y de ocio. También desde el pensamiento crítico se multiplicaron los análisis, teorías, formulaciones y enunciado que intentaban explicar cómo el capitalismo ya no se extiende ni se reproduce desde el lugar de producción del objeto sino desde aquel en el que se produce y difunde su imagen. Como señaló James Jameson: “La forma última de la reificación de la mercancía en la sociedad contemporánea de consumo es la imagen misma (...) y consumimos menos la cosa que su idea abstracta”. La cultura, hace ya mucho que dejó de ser una cuestión ocasional, para convertirse en el pilar fundamental de la sociedad de consumo, habiendo hecho el capitalismo: “...de la colonización del reino de la no productividad (del anti-uso que es el arte), por medio de su mercantilización, uno de los principales pilares sobre los que sustentar su poder”.

Siendo esto así, se puede entender que los espacios de conocimiento, producción y difusión de representaciones y saberes hayan sido algunos de los espacios y campos de batalla donde se han librado luchas iniciadas por artistas, movimientos sociales y políticos y la llamada *nueva crítica institucional*.

En el Estado español la dimensión institucional, política y económica de la cultura cobró especial importancia en el llamado régimen de la Transición, y más concretamente tras el sonado triunfo del PSOE de 1982. Ya con la UCD pero sobre todo con los gobiernos del PSOE se comenzaron a desarrollar unas políticas culturales que se caracterizaron “...por el dirigismo, la conquista de lo internacional como proyecto común y la preeminencia del mercado” (Mar Villaespesa); se desarrollaron en la “contradicción entre la pretensión de promover la necesidad social del arte, y hacerlo a través de su desvinculación de cualquier necesidad social” (Jesús Carrillo), y respondían al deseo de “...rehuir del pasado inmediato y turbador del franquismo mediante una suplantación socio económica (entrada en la CEE, reconversión industrial...) y simbólica (*movida madrileña*, auge del consumo cultural...), que eclipsaba, sin superarlo, el espectro de la dictadura” (Teresa Vilarós).

A pesar del tiempo transcurrido podemos afirmar que aquellas políticas culturales se han mantenido y que con las solas diferencias de una drástica reducción de recursos e incremento de la precarización, en sus contenidos son las mismas que se han venido y se siguen aplicando en los sucesivos gobiernos estatales, autonómicos y municipales, sean estos de izquierdas o de derechas. Por ello, podemos preguntarnos si tanto las llamadas fuerzas políticas de izquierda como aquellas que dicen situarse en el centro o en la derecha ya hace tiempo que entendieron que toda organización social es además de un orden económico, un orden simbólico y estético que configura una percepción común

de las cosas y que determina: “lo que se puede ver, lo que se puede decir de lo que se ve, lo que se puede pensar y hacer” (Amador Fernández Savater) ¿cómo es posible que aquellas fuerzas políticas que dicen aspirar cualquier tipo de transformación en el orden económico o político, no comprendan que para ello es preciso también alterar los modos de producción simbólicos vertebrados y dominados hoy en día por la precariedad, la espectacularización y la banalización? Desde nuestro punto de vista, esta incompreensión se debe sin duda a muchos factores, se manifiesta de muchas formas y por diferentes causas, pero creemos que las que siguen son algunas de las más relevantes:

- Podríamos señalar como una primera, en la dificultad que supone entender que aunque existen muchos puntos de encuentro entre las experimentaciones estéticas y las políticas, entre las prácticas políticas y poéticas, a menudo se olvidan los indudables conflictos que también entre dichas prácticas se dan. La dificultad para asumir esta tensión, creemos está en el origen de los problemas con las que se encuentran las invenciones lingüísticas y estéticas para ser reconocidas y apoyadas por las instituciones culturales, aun pareciendo evidente que son estas tentativas las únicas que pueden propiciar otra forma de pensar, de ver y de hacer.
- Una segunda manifestación la encontramos en la incapacidad para advertir que el reto de unas políticas culturales públicas no está en realizar programaciones con contenido político, sino en poder hacerlas de *un modo político*, lo que implica apostar por transformar las estructuras institucionales y administrativas, sus modos de gestión, sus jerarquías y sus funciones.
- Un tercer síntoma, lo hallamos en la resistencia para dotar de la suficiente *autonomía* a las expresiones y actores culturales con respecto *al encargo político o las urgencias de “la política”*. Esto no debe entenderse como una reivindicación de la autonomía de la cultura respecto a un mandato que está, más o menos, legitimado por las urnas. Creemos que es obligado responder a la legitimidad que otorga el haber conquistado un proceso electoral, sobre todo en un momento de fuerte déficit democrático, pero pensamos que los diferentes actores culturales debemos atender a esos encargos *desviadamente*, porque sólo la insubordinación que evita la literalidad del mensaje y la duplicación del discurso político, permite una relación práctica entre arte y política.
- Habría que señalar como una cuarta y última causa la ceguera y falta de atención para detectar por parte de las instituciones culturales que son muchos y muy diversos los lugares que están generando nuevos enunciados y definiendo nuevas escenas y situaciones, ya sea desde la institución cultural o desde fuera de ella, en la baja o en la alta cultura, entre las prácticas artísticas o entre los movimientos políticos o sociales.

En definitiva, podríamos decir que el problema de las fuerzas de la llamada izquierda es que no saben qué hacer con la cultura, es por ello que siguen el patrón trazado por las fuerzas más conservadoras y no es descabellado afirmar que apenas se han producido transformaciones en el diseño de las políticas culturales impulsadas en el Estado Español durante las cuatro

últimas décadas. Como ha señalado Jameson, el capitalismo ha hecho: “...de la colonización del reino de la no productividad (del anti uso que es el arte), por medio de su mercantilización, uno de los principales pilares sobre los que sustentar su poder (...); por el contrario para la dirección política de lo que podemos denominar izquierda, por muy gramsciana que esta sea, en la práctica la cultura sigue siendo un asunto que pertenece al nivel más epifenoménico de la superestructura” (Jameson).

Pero por si esta situación no fuera suficientemente lamentable, en las últimas décadas se ha añadido una nueva problemática, también común a todo tipo de instituciones independientemente de la opción política de quien la dirija, que está obstaculizando el desarrollo de una política cultural pública y que para nosotros tiene una importancia capital: nos referimos a la creciente burocratización a la que se está sometiendo a la producción, distribución y exhibición de la cultura contemporánea.

En *Realismo capitalista*, Mark Fisher señala que uno de los principales retos que una política cultural que se denomina pública debería acometer es una reducción masiva de la burocracia, lo que nada tiene que ver con una reducción de los sistemas de transparencia y control. Y es que en efecto estamos asistiendo a unos procesos de burocratización que son muchos más kafkianos de los que solo hace unos años teníamos que soportar.

La proliferación de los expedientes administrativos que hay que seguir para cualquier tipo de contratación, suministro, prestación de servicio...; las montañas de papeleo que han de rellenar los servicios encargados para estos fines, no sirven de nada, salvo para instalar, afirmar, hacer alarde y alabar el poder de la administración acreditadora. La creciente burocratización de las instituciones culturales es un poder que se extiende no sólo obstaculizando, sino también, y esto es muy importante, *justificando* la falta de acción e implementación de nuevas políticas culturales.

La aplicación indiscriminada de procedimientos administrativos para las cuestiones más nimias y para tramos económicos que ni siquiera contempla la ley, está produciendo el efecto de corromper a las personas, colectivos, grupos, empresas... que intentan y tienen derecho al acceso de los recursos públicos, ya que se les obliga -para sortear el tortuoso camino administrativo que se les presenta-, a la aceptación de unas soluciones, que paradójicamente ese mismo poder administrativo ofrece, y que muy a menudo constituyen atajos, perversiones y simulacros de legalidad. De aquí la transcendencia de este debate *que no es técnico sino político*.

Estamos asistiendo a un incremento de la burocracia y la opacidad, al que los poderes políticos no son capaces de enfrentarse, pero que está contribuyendo a fortalecer y perpetuar una estructura burocrática y corporativa, “...que es quien corrompe, mutila, descascara y afantasma a los funcionarios, a los trabajadores públicos y a los propios políticos, asegurándose de que su atención esté siempre *desplazada*” (Mark Fischer) esto es, centrada en la gestión en lugar de en los contenidos, situada en la aplicación de unos retorcidos procedimientos en lugar de en la administración eficaz de la política cultural trazada por aquellos que han sido elegidos para hacerlo

A esto hay que añadir, que ha proliferado una nueva forma de burocracia: la de los objetivos y las metas, los resultados, los informes, las mediaciones, las hojas de ruta o las declaraciones de principios -a la que ha sido y siguen siendo muy proclives las nuevas institucionalidades-. Una nueva forma de burocracia en la que una parte del tiempo se invierte en planificar objetivos y la otra en verificar o justificar que éstos se hayan cumplido, sin que en medio de estas operaciones los trabajadores públicos ni las autoridades políticas sean capaces de hacer nada. Nuevas formas de burocracia, de las que depende que el otorgamiento de financiación, se mantenga, se amplíe o se cancele en función de una evaluación, también opaca, que determina si se alcanzaron los objetivos trazados. Si sumamos estos nuevos procedimientos a los ya existentes, nos encontramos con que la carga administrativa no para de crecer, *siempre hay una casilla más para rellenar*. Y es que, en efecto, todo puede ser objeto de evaluación, hasta el trabajo mismo: “...Ya no se comparan los rendimientos o desempeños de los trabajadores o funcionarios, sino las representaciones auditadas del rendimiento o desempeño” (Mark Fischer).

**

La auténtica creación cultural depende para su existencia de una auténtica vida colectiva, depende de la vitalidad de los grupos sociales, cualquiera que sea su forma. “El capitalismo disuelve sistemáticamente el tejido de todos los grupos sociales sin excepción y en consecuencia problematiza la producción estética y la invención lingüística que tiene su origen en la vida grupal” (Jameson).

Ciertamente, nos encontramos en un momento en el que, en palabras de Hito Steyerl, “las instituciones culturales están siendo claramente desmanteladas, infra-financiadas y sometidas a las exigencias de una economía neoliberal del espectáculo” Un contexto, por tanto, especialmente difícil para profundizar en la construcción de políticas públicas

Estamos ante una nueva crisis, las instituciones culturales son más autoritarias y al mismo tiempo más débiles que nunca. Han dejado de ser donadoras (en el supuesto de que alguna vez por sí mismas lo hayan sido) para ser captadoras; son autosuficientes, pero más dependientes y burocratizadas. Nos encontramos ante una nueva situación que exige cambiar nuestros modos de estar y de hacer si de lo que se trata es de seguir produciendo cultura crítica contemporánea. Entendemos que el objetivo ya no puede ser trabajar en o con la Institución y ampliar sus límites, lo imperativo es *ser Instituyente* como única forma de combatir una ofensiva política que bajo la forma de extensión de la precariedad, aumento de los recortes, de los obstáculos y barreras para acceder a lo público ... impone lo instituido.

De nuevo las fuerzas políticas más reaccionarias parecen haber tomado la delantera y desde sus partidos políticos, así como desde una variada red de organizaciones, plataformas, asociaciones... están produciendo sentimientos e imágenes de odio y fobia con las que logran movilizar a amplios sectores de la población y construir nuevos sujetos políticos donde conviven desde nostálgicos franquistas a colectivos de personas “desesperanzadas, precarizadas, desindustrializadas” (Didier Eribon).

Es por ello, que a partir del proyecto *Re-unir/Re-habitar*, propuesta realizada en el marco del Banco de Proyectos del ICAS hemos constituido un grupo de acción, estudio y trabajo que bajo la denominación de El Laberinto Burocrático:

- Sea crítico, esto es, que se ocupe de “...mostrarnos los límites de cada paradigma, representación, visión del mundo o concepto que manejamos. Que señale esos límites y permita desplazarlos o interrogarlos; preguntarnos quién los puso” (Marina Garcés). Que impulse un tipo de práctica, de activismo, que nos ayude a producir agenciamientos entre distintas disciplinas artísticas y “...que conecte actores y recursos del circuito artístico con proyectos y experimentos que no se agoten en el interior de dicho circuito, sino que se extiendan hacia otros lugares.” (Brian Holmes). Que recupere *lo común*, un término y una práctica que como otras muchas han sido secuestradas y manoseadas por la institución cultural en un devenir de “...prácticas *“green washing”* que se disfrazan de enunciativas pero que, más que provocar movimientos reales, actúan como fármacos para un mundo del arte que carece de agenciamientos, colectividad y voluntad de transformación radical” (Enrique Fuenteblanca).
- Combata por medio de textos, encuentros acciones, etc., la espectacularización, la burocratización, la banalidad, entendida como “...el sistema de obediencia, de no mirar, de hacer lo que te corresponde” (Hannah Arendt) que impone y en el que está instalada la institución cultural en general y la administración cultural de Sevilla, en particular. Que pueda relacionarse con esas otras instituciones públicas que están agonizando o en los mejores casos resistiendo al acoso de las fuerzas más reaccionarias en una huida hacia adelante que nada bueno augura salvo su propia autodestrucción.
- Comparta recursos y medios, sume pesos simbólicos y apueste por la desburocratización y el ensayo de otras formas más transparentes y eficaces de gestión, reclame y negocie con las administraciones públicas el despliegue de nuevas políticas culturales que sean más transgresoras, en sus contenidos; más flexibles, a la hora de revisar procedimientos, conceptos y promover puntos de encuentro; más interdisciplinarios y desjerarquizados, en la asignación de los papeles que los actores intervinientes tienen establecidos; más abiertas a escuchar y a dejar hablar a sus propios contextos; más conscientes, de la necesidad de dotar y transferir recursos, medios, autonomía a l+s actores, artistas, movimientos, actividades y escenas independientes como única forma de “dar continuidad existencial, territorial y hasta psíquica a un proyecto, un lugar o a una experiencia” (Bifo).

EXIGENCIAS

Desde esta toma de posición El Laberinto Burocrático **EXIGE** a las administraciones públicas y al ICAS en particular:

- Una reducción masiva de la burocracia, lo que nada tiene que ver con una reducción de los sistemas de transparencia y control.

- Implementar los mecanismos que garanticen el acceso a las ayudas y subvenciones a las propuestas y proyectos más comprometidos con las experimentaciones estéticas y lingüísticas, en lugar de favorecer aquellos otros que, por ser más rutinarios, mejor se desenvuelvan en el entramado burocrático.
- Agilizar los procesos de resolución de las subvenciones, actualmente situados en más de dos años de retraso.
- Establecimiento de un calendario en las convocatorias que permita su resolución en los primeros meses del año, garantizando el desarrollo de los proyectos con un margen de seguridad en cuanto a los recursos disponibles y evitando la estacionalidad y concentración de las actividades culturales en el último trimestre del año.
- Atención y apoyo a los espacios y lugares de producción que están generando nuevos enunciados y definiendo nuevas escenas y situaciones, ya sea desde la institución cultural o desde fuera de ella, en la baja o en la alta cultura, entre las prácticas artísticas o entre los movimientos políticos o sociales.
- Condena de la precariedad instalada a en el sector cultural que mantiene al trabajador y a la trabajadora cultural al margen del trabajo formal, de la seguridad social y a favor del riesgo. Compromiso del ICAS de cubrir sus vacantes sin recurrir al autoempleo, las contrataciones y becas precarias, másteres prácticos o la muy utilizada figura de falsos autónomos.

27 de junio de 2023